



UN DRAMA EN 1810.

I.

El 16 de Septiembre.

En la primavera de 1810, al viejo mundo lo oprimía un gigante: la fama y la gloria aumentaban el prestigio de ese gigante por quien hasta hoy el entusiasmo se aviva. Una parte de la Europa, la patria de Pelayo, había lanzado á la arena contra sus legiones, sus guerreros, sus nobles, sus poetas, y hasta sus sacerdotes para que defendiesen sus hogares y sus vírgenes: la lucha era tenaz y terrible para contrarrestar el poder del héroe del siglo que ambicionaba el imperio del mundo: lucha sostenida con la obstinación que inspiraba el orgullo británico, aliado, oficioso y temible contra el nombre francés y el gran Emperador. Tiempo há que á la América se le prescribían los medios para evitar el contagio europeo. Había llegado á Nueva España como el trueno lejano de la tempestad, el eco de las mágicas voces de "Libertad" é "Independencia," que los peninsulares pronunciaban como el náufrago que grita "salvación," y hace esfuerzos para llegar á tierra en medio de las olas que lo arrebatan. El sonido de otra palabra se dejaba oír de vez en cuando; palabra dulce, pero no pronunciada con serenidad, y era la de "hermano." A esta expresión, en lo aparente tierna, seguía la mayor anomalía, enardecido el alma me-

nos sensible. Sin embargo, Nueva España, pura é inocente, respiraba un sueño, al parecer apacible, como es el que produce el letargo del despotismo.

Crefase que el otoño sería hermoso: la aurora del 15 de Septiembre de 1810, fué tranquila desde Chiapas y Yucatán hasta California y Texas. ¡Qué serenidad, qué regocijo se presentaba en el semblante de los españoles, que veían la fidelidad de los vasallos de este "su reino!"....

Un solo punto, un miserable pueblecillo de la intendencia de Guanajuato, iba á desmentir tanta fidelidad. Hace tiempo que el Cura de este pueblecillo está agitado: las noches las pasaba en continua vigilia, meditando un proyecto audaz y de inmensas consecuencias. El fuego de su alma y la magnitud de su empresa formaban contraste con su dulce fisonomía, con su carácter sacerdotal, y con lo débil de su contestura física. Ahora más que nunca el sobresalto no lo deja tomar el sueño: las imágenes son más vivas en su alma, y la inquietud lo devora. De repente salta del lecho en que descansaba; un toquido fuerte en el zahuán lo ha puesto en pié, y á pocos instantes se presenta un hombre en estado violento, y le dice.

—Señor, perdidos somos. todo se ha descubierto en Querétaro; lea usted esta carta que acabo de recibir: ella expresa, que en artículo de muerte, un eclesiástico compañero nuestro ha confesado todo nuestro plan, y el Corregidor de aquella ciudad ningún pormenor ignora de él.

—Ya lo presentía, exclama el Cura de Dolores: ánimo, mi buen amigo, y tengamos confianza en el Supremo Autor de las sociedades. Nuestros sentimientos son puros y nobles, ellos germinarán, y mañana á esta hora muchos corazones latirán como los nuestros. No hay que perder tiempo, el cielo nos guiará.

Abasolo, que era el que había venido, responde:

—Señor, sabe usted hasta dónde me nega mi adhesión á su persona, y cuál es el juramento con que estoy ligado en esta empresa:

favorable ó adversa, la sellaré con mi sangre. Usted ordene cuanto tenga á bien, que lo secundaré en todo.

—¡Ah! amigo, hombres como usted se necesitan para zanjar los cimientos de la emancipación de la América, volemos á obtenerla, ya que se nos ha precipitado: esta precipitación es una fatalidad, fatalidad que gravitará sobre muchas generaciones.

Ambos se dirigen á despertar á los criados del Curato, y pronunciando palabras entrecortadas, articulando otras incoherentes, les anuncian que se levanten: á éstos, que soñ en número de tres, les dan unas enmohecidas picas y lanzas y una mala escopeta; y estas picas y esta escopeta miserables habian de derrocar el dominio castellano, consolidado por trescientos años en México; viéndose relucir después de ellas, las espadas de Morelos, Matamoros, Guerrero é Iturbide.

Vióse, pues, en la plaza de Dolores, un pequeño grupo, á veces silencioso, á veces conmovido, como el anuncio de la tempestad. Se abrieron las puertas de una casa, y salen dos hombres que se dirigen al grupo; éste, con los recién llegados, son siete. Da el reloj la una de la mañana del 16 de Septiembre de 1810, y se oyó un grito que dijo: "Mexicanos, Independencia ó Muerte." Al pensamiento de un eclesiástico, á la voz de siete hombres, correspondió la de siete millones de mexicanos.

La aurora de ese día fué como ninguna otra, resplandeciente para el Anáhuac; aurora de esperanzas entonces, y hoy de tierno y grato recuerdo: ella alumbró ya libres á los hijos del pueblo de Dolores, que esclavos habíán visto ponerse el sol en Occidente. Despertaron para saludar á su libertador, que la víspera no era más que su humilde Párroco.

II.

El amor filial y el patriotismo.

El sol había recorrido un tercio de su carrera, cuando la plaza, las calles y las casas presentaban un espectáculo jamás visto: to-

dos hablaban con desembarazo, todos presentaban un semblante risueño en medio de los transportes de una alegría enteramente nueva: la atmósfera misma parecía más pura, como si la naturaleza por su parte quisiera celebrar este acontecimiento. Los circunstantes, conferenciaban unos, otros protestaban; todos estaban afanados por la reunión de hombres y de armas: los vecinos todos tenían un mismo deseo, un mismo ardor: el patriotismo los animaba, y la uniformidad de su pensamiento hacía que cada uno obrase con una actividad sorprendente. Diversos correos parten y llegan: la noticia del suceso se propaga como la electricidad: indígenas candorosos é inocentes vuelan á postrarse á los pies de su pastor y á hacerle ofertas hasta de su vida. En la plaza hacían oleadas las diversas reuniones: el concurso era numeroso, y repentinamente se ve á la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe colocada en un estandarte, y "se le proclama por la Patrona de la América." A los vivas de esta Imagen y de Hidalgo, y á algunos muertas de los europeos, los grupos de rancheros y de indios se aumentan: aquéllos con su aspecto rústico é indómito, vestidos con sus cuecos, calzones y batas de campana, adornadas en algunos con varias piezas de plata, llenas de deformidad, y con sendos sombreros, estaban mal armados: los indígenas con sus hondas y garrotes, llevaban una estampa de aquella Imagen en sus sombreros. Todos expresaban el júbilo de que estaban poseídos, é introducían una confusión con sus estrepitosas voces, que no permitían escuchar la voz de los que se habían improvisado por sus jefes, ni aun del mismo Hidalgo. En fin, después de algún trabajo por parte de éste y de algunos caudillos, logró hacerse entender.

Estaba en la plaza dando algunas órdenes, cuando se le presenta un joven de las principales familias, de figura interesante, y en cuya fisonomía se traslucían á la vez el entusiasmo y el dolor.

—Señor, le dice á Hidalgo, vengo á seguir á usted en su noble empresa: usted procla-

ma la salvación de esta parte de la América y la ventura de los hijos de ella: yo nada valgo, pero me anima un noble patriotismo, y no vacilo en unirme al libertador de mi patria, y combatiré por ella hasta morir.

—Os veo, le replica Hidalgo, exaltado, pero dudo que habléis con exactitud. Son bien grandes los riesgos que van á correrse, acaso bien pronto os habréis arrepentido: reflexionad, y entonces admitiré vuestros servicios.

—Señor, dijo uno de los que se hallaban presentes: este joven es hijo de un español de los que se hallan presos; deberíais desechar sus ofertas, que son demasiado sospechosas.

—Os engañáis, exclama interrumpiendo una hermosa joven, tan fresca como la rosa que se ha abierto á los primeros rayos del sol y que aún el rocío brilla en sus hojas, y dirigiéndose á Hidalgo, añade: señor, jamás ha habido un hombre más franco y sincero que Angel: yo conozco sus sentimientos más íntimos y sus hechos siempre han estado acordes con sus palabras. Verdad es que á su padre se le acaba de reducir á prisión, y este pesar no puede ocultarlo, porque es un deber sagrado de la naturaleza; pero no por eso es menos noble y generoso con su patria. Disimulad que hable á su nombre, pues lo amo como á mi hermano, y yo no he podido resistir, á pesar de mi edad y condición, al deseo de seguirlo y acompañarlo en el dolor que lo atormenta, en medio de esta confusión que reina.

Cuando concluyó, el rubor coloreó sus mejillas, y llena de confusión por lo que acababa de hacer, bajó la vista como reprendiéndose á sí misma de su temeridad; pero los padecimientos de Angel por la prisión de su padre y los sentimientos de aquél, la habían alarmado en aquellos momentos extraordinarios, hasta el extremo de sobreponerse á toda consideración, no sin abandonar el secreto que tanto la embellecía.

—No os engaña esta joven, señor, repu-

so Angel: os juro por mi honor, que mi anciano y virtuoso padre ama á los americanos; que jamás, y esto lo sabéis, los ha insultado: su casa siempre ha estado abierta para todos los desgraciados. La educación que le ha dado á sus hijos, y que está á vuestro alcance, es una prueba de sus ideas. El siempre ha sido un modelo de virtud. Señor, dadle la libertad, que es tan americano de corazón como vos lo soís por nacimiento. Yo me ofrezco por garantía suya: sabed que por mis opiniones políticas hace un año que fuí despedido del Colegio de Minería. No desconfiéis de mí: la libertad de mi padre, y disponed de mí absolutamente.

A este tiempo se acerca Abasolo, lo abraza, é impuesto brevemente de lo ocurrido, habla en su favor á Hidalgo, quien dice á Angel:

—Esperadme.

Hidalgo, Abasolo é Isabel su sobrina, que era la joven que había intercedido por Angel, entraron á una casa que estaba inmediata. A poco lo llamaron de orden de Hidalgo, y le dijo:

—Tomad, y le dió dos papeles: ahí tenéis la orden de libertad de vuestro padre y un nombramiento militar para vos. Cumplid con lo que habéis ofrecido y marchad, siendo uno de los primeros.

—Señor, exclamó Angel: creedme, nunca olvidaré lo que me habéis concedido, y pronto conoceréis cuál es mi gratitud.

Era tal la expresión y la actitud de Angel cuando habló, que Hidalgo le tuvo cierta simpatía desde aquel momento. Abasolo y su sobrina se sintieron conmovidos y quisieron acompañar á Angel á la prisión en donde estaba el padre de éste. Las puertas de ella se abrieron para ponerlo en libertad. Corta fué la escena que pasó, pero llena de fuertes impresiones. El amor filial, ese amor angelical que dilata los corazones y que los eleva hasta el trono del Eterno, se apoderó de Angel, que se sentía inundado de gozo al estrechar en su seno á su tierno y adorado padre. En el camino, y cuando regresaron á su casa, supo el an-

ciano todo lo ocurrido, y después que se instruyó y que otra vez se abrazaron ambos, el padre con el llanto en sus ojos, le dijo:

—Hijo mío, hoy te amo con mayor ternura, y doy gracias al Señor de haberme concedido un hijo tan virtuoso: sé fiel á tu patria y á tu General, como has sido amoroso y obediente á tu infeliz padre, que pronto desaparecerá de este mundo: no olvides mis consejos, y en cualesquiera situación dirige tus miradas hacia ese Dios tan grande. Recibe mi bendición, hijo querido, que acaso será la última, y parte á donde te llama tu deber: que yo haré fervientes votos al cielo por tí.

Abasolo le interrumpió diciéndole:

—Amigo, os falta otra bendición: sabed que vuestro hijo y mi sobrina Isabel hace tiempo se aman: llenad sus deseos para que la Iglesia santifique su unión.

El anciano apenas ha oído estas palabras, y que Angel pretendía hablar, acaso para satisfacerlo, cuando sin articular palabra, alza sus ojos al cielo, como para implorarlo, y en seguida bendice á ambos amantes: después los abraza y estrecha en sus brazos, humedeciéndose nuevamente sus ojos. Pasados éstos momentos tan tiernos, el hijo se despidió del padre. El adiós que se dijeron fué muy significativo.

III.

La batalla.

Preciso era que Angel marchase á San Miguel ese mismo día, con una comisión de Hidalgo; esta precipitación, acaso para probar su decisión, le impidió dar su mano á Isabel. Esta, al verlo partir, se consternó demasiado; pero ambos amantes se consolaban con verse pronto. Angel iba tranquilo con que Isabel quedaba en casa de su tío, y que ella le correspondía con grande pasión.

Muy corta fué la diferencia de la marcha de Angel con la del ejército, porque ya lo era la pequeña reunión que se había forma-

do el 16. Un ruido terrible anunciaba la de éste; aquella informe reunión se parecía, al dirigirse á San Miguel y á Celaya, á una colosal serpiente, é infundía un gran terror. Su murmullo, á lo lejos, se semejaba al del huracán, y así podría llamarse aquella turba de hombres que no era fácil contener. En los campos de Celaya, Hidalgo fué proclamado Generalísimo, y á Angel, por su buen comportamiento, se le colocó en el Regimiento provincial de esa ciudad. El ejército se encaminó á Guanajuato; se dió el ataque en este punto, y Angel fué de los primeros. Ya "Pipila" había incendiado la puerta de la alhóndiga; pero la defensa era tenaz, y las balas y los frascos que los enemigos lanzaban á sus contrarios derribaban á muchos de éstos. Angel hacía prodigios de valor y se llenaba al mismo tiempo de sobresalto por los desórdenes de aquellas masas, desbandadas como un torrente. Puesto á la cabeza de sus soldados, penetró al interior del fuerte, y en medio de aquella confusión cayó herido. No obstante, recomendaba la clemencia para con los prisioneros y los que se rendían. En estas circunstancias perdió el sentido y fué transportado á una casa. El Generalísimo, testigo de su heroico valor, le concedió las charreteras de Capitán; pero lo grave de las heridas y falta de cuidado le produjeron una fiebre que se manifestaba con fatales síntomas. Isabel supo la desgracia de su amante: llena de dolor y casi frenética volvió á su socorro: merced á sus exquisitas atenciones, logró que recobrará algo su salud, y cuando Angel volvió en sí, se vió en los brazos de su querida Isabel, que le prodigaba mil atenciones llenas de ternura y expresión; mas la calentura le volvió á Angel y nuevamente perdió el conocimiento; su existencia corría bastante peligro, y se creía que el latido que daba su corazón era el último.

El himeneo.

Un día, serían las cuatro de la mañana, Isabel estaba orando con piedad angelical al pie del lecho de su amante: la fatiga, las continuas vigiliass y los esfuerzos que había hecho para arrancarlo de los brazos de la muerte, la habían extenuado. El dolor también había marchitado sus rosadas mejillas; los suspiros que exhalaba y que procuraba reprimir en vano, las lágrimas que como unos brillantes se desprendían de sus párpados, revelaban lo que la virgen sufría. Parecía el angel que asiste al hombre en sus últimos momentos, cuando va á decir adiós al mundo y á sus pompas, y que vigila la hora suprema de la vida. Isabel había quedado en una profunda meditación, cuando su amante, recobrando su conocimiento, exclamó con débil y tierna voz:

—Isabel, Isabel mía, ¿en dónde estás?

—A tu lado, bien mío, cuidando tu preciosa existencia.

—¡Ah! Isabel, qué dichoso soy viéndote junto á mí: ¿y mi adorado padre, qué es de él? ¿no lo has visto?

—Está bueno, y pronto se hallará con nosotros.

—Isabel, conozco que poseyéndote soy feliz; pero aspiro á otra felicidad mayor y que no gozaré aquí abajo. Ves el estado en que me encuentro; me siento muy débil; mis heridas muy poca esperanza dan de alivio, y acaso ésta es la última vez que escucho el canto de las aves en el alba. El conjunto de mis padecimientos no ha podido extinguir mi amor hacia tí.

—Pues bien, dí qué quieres.

—Déjame concluir: cuanto más fuerte ha sido la fiebre, más ardiente he sentido mi amor: en mi imaginación te has presentado, te he visto unas veces en mi delirio, como cuando te conocí, hermosa como la flor antes que sus tallos los destrozara la tormenta; y otras, como estás ahora, triste y melancólica como el lirio, al que los rayos del sol han robado sus colores. Ya no

me es posible carecer por más tiempo del dulce nombre de esposo que deseo oír pronunciar de tus labios: quiero que nuestro himeneo se celebre hoy, y llamándote mi esposa, aunque expire. Isabel, tengo funestos presentimientos, y en nombre de nuestro amor te hace tu desventurado amante esta última súplica.

Isabel tenía anudada la garganta de dolor, y con voz enternecida le dijo:

—¿Qué puedo decirte yo, bien mío? Mi tío y mi virtuoso padre han convenido en nuestra unión: una vez consagrada á tí, no debo sino complacerte.

—¿T tu tío por qué no está aquí?

—Hace algunos días que ha marchado con el ejército.

—¿Conque el ejército ya no está en esta ciudad?

El esfuerzo que había hecho Angel para hablar lo había debilitado demasiado; dió un profundo suspiro y quedó como aletargado. La infortunada Isabel volvió á mayores penas; sólo su amor y su virtud pudieron darle nuevas fuerzas para resistir tanta desdicha. Había tenido un destello de felicidad, y éste fué cuando lo vió recobrar sus sentidos y decirle, que la tenía presente, y que deseaba ser su esposo con vehemencia.

Durante la enfermedad se había presentado un joven bien apersonado, que decía ser amigo de Angel, y por quien manifestaba grande empeño. Como éste continuó de gravedad, la asistencia del joven fué más frecuente. En el curso de la enfermedad fué adquiriendo alguna confianza, hasta el extremo de tomarse ciertas libertades, cuya explicación no comprendía Isabel. El joven no pudo más disimular sus pretensiones; y un día, cuando nadie estaba en la pieza cuidando á Angel más que Isabel, declaró á ésta, con el mayor atrevimiento, sus pérdidas miras. A semejante audacia Isabel nada contestó: mas llena de sobresalto y de valor, y abrumada de pesar y de sorpresa, su semblante se demudó, y habiendo dirigido al cielo una mirada, como para implorar

su apoyo, con grande resolución se resolvió á decirle con voz firme:

—Señor: os creía un amigo de Angel y un caballero; veo, por vuestras acciones, que ni lo uno ni lo otro soís. No profanáis más este lugar, y os agradeceré me evitéis el disgusto de vuestra presencia; si no os váis, y no queréis excusar un escándalo, iré á avisar á las personas de la casa que soís indigno de ser admitido aquí.

Cuando Isabel hubo acabado, y con ademán consternado se fué para las piezas á donde se hallaban las demás personas, antes estuvo en la puerta, pendiente del joven. Este, que no creía hallar tanta resolución y tanta virtud en Isabel, se encendió en ira, y con aspecto feroz quiso detenerla; pero ella ya se había puesto en seguro. Viéndose burlado tomó su sombrero y le dijo con acento horrible:

—Os acordaréis para siempre de vuestra conducta descortés para conmigo; os juro que me vengaré y no os tendré compasión.

Cuando el joven se retiró, Isabel fué á asegurar la puerta, y se quedó abismada en una serie de reflexiones, llenándose de sobresalto á cada instante.

Al día siguiente, Angel manifestaba algún alivio; esto, el temor de que el joven audaz cometiese una tropelía, y el cumplir con los deseos de Angel, decidieron á Isabel para violentar la unión de ambos. A las ocho de la noche ya recibieron del sacerdote la bendición que los ligaba para siempre. Al pronunciar el juramento sagrado, Angel pareció que había recobrado el vigor que en otro tiempo le caracterizaba; sus ojos brillaron llenos de fuego, y dirigiéndolos á Isabel, exclamó:

—Esposa mía... y el dolor cortó su voz.

—Angel, tuya soy por siempre, y nadie nos separará.

—Isabel, ¿quién cuidará de tí si yo te faltase? Tu tío, quién sabe que será de él, pues la guerra diezma á los combatientes... y mi padre, mi pobre padre... no es posible que sobreviva. Todo esto me atormenta.

—Hay uno que cuidará de mí.

—¿Quién?

—Dios.

—¡Ah!.... sí: Dios mío, tengo fe en que mi Isabel.... su virtud.... y sus ojos se humedecieron.

—No hablemos de esto.... ¿Qué, no te aliviarás y viviremos felices? pero al decir esto Isabel procuraba ocultar de Angel su semblante conmovido.

Angel sólo respondió con un suspiro.

V.

El patíbulo.

El ejército mexicano y sus caudillos se habían retirado para Valladolid, y Guanajuato había quedado con una corta fuerza. En estas circunstancias, á los dos días después del himeneo de Angel y de Isabel, se anunció la llegada de Calleja con sus tropas. La ciudad se alarmó, y las familias comenzaron á emigrar, temerosas de nuevos desastres y de las venganzas que pronosticaban los realistas. Isabel, al ver los temores de la población y la salida de las familias, previó los riesgos que corría su esposo. Este, aunque se hallaba un poco aliviado, no podía caminar, y ni le era fácil, cuando casi todos los lugares inmediatos se hallaban invadidos de realistas.

Al otro día llegaron éstos; se hallaban ambos esposos en la más tierna conversación, cuando llegó una persona refiriendo todas las tropelías y crueldades que los soldados cometían. Angel escuchaba con calma aparente la narración de aquellas infamias; pero al oír algunas explosiones de fusiles quiso levantarse, tomar su espada é ir á combatir contra los opresores de su patria.

—Déjame, Isabel, déjame salvar á tanto inocente.

—¿Pero á dónde vas en el estado en que estás?

—Me siento con fuerzas bastantes para vender cara mi vida.

Isabel, y otras personas que la rodeaban, lo conjuraron á permanecer tranquilo, persuadiéndolo de la imposibilidad en que se

hallaba; y por los ruegos lograron que se calmase. A cada hora, en los siguientes días, se sabían las horribles ejecuciones con que el malvado Calleja había pretendido vengar en unos habitantes inocentes las matanzas de Granaditas. En vano el R. P. Belaunzarán recorría con Crucifijo en mano las plazas y calles de Guanajuato para contener aquellas escenas de sangre. Su carácter evangélico, su aspecto de clemencia y de piedad que imploraba para los desgraciados, en vez de calmar á los verdugos los enfurecía más. Habiendo sabido todo esto Isabel, procuró poner á cubierto á su idolatrado esposo, á quien ocultó cuanto pasaba. Se decidió, pues, por temor de las denuncias, bajar á Angel á un pequeño subterráneo de la casa que habitaban: hacía seis horas que ocupaban aquel lugar insalubre, cuando á la una de la tarde tocaron á la puerta de la casa fuertemente, amenazando echarla abajo si no abrían pronto. Apenas había abierto, cuando se presentó á la cabeza de varios soldados el joven que había dicho ser amigo de Angel, y que había pretendido seducir á Isabel, y con odioso aspecto dijo:

—¿Dónde está ese rebelde y su cómplice?

—Señor, ya no habitan aquí, días há que se han ido.

—Mentira; yo sé dónde están: venid, soldados.

Y llegando á la puerta del subterráneo les mandó abrirla, y bajó el primero á donde se hallaban Angel é Isabel. Al verlo ésta y acompañado de aquellos hombres armados, comprendió desde luego su angustiada y comprometida situación. Nunca su corazón había sentido lo que en estos momentos, y dando un grito quedó desmayada junto á su esposo. Este, al verse sorprendido, quiso hacer resistencia; ¿pero qué había de hacer en el lamentable estado en que se hallaba, y sin sus armas? En el acto fueron amarrados los dos esposos y conducidos á presencia de Calleja, cometiendo en el camino con ellos, las mayores violencias: los de la casa huyeron, y no hubo quien pudiera auxiliar en algo á aquellos

desgraciados. Tan luego como Calleja los vió, se sorprendió á la vista de Isabel.

—¿Quién es esta mujer? dijo Calleja.

—Mi esposa, respondió con entereza Angel, que se hallaba recostado junto al zaguán de la casa.

—Mentira, señor, respondió el joven y supuesto amigo de Angel, yo lo sé muy bien.

—Pérfido, exclamó Isabel, con el orgullo de su virginidad herida: hace ocho días que un sacerdote nos ha unido.

—Que prendan á ese sacerdote que se atrevió á casar á dos rebeldes, gritó Calleja.

—Tirano, tu imperio ha de acabar, exclamó Angel, dirigiéndose á Calleja.

—Malvado, cállate, le dijeron varios soldados, amenazándolo.

—Que se disponga este insurgente, y que se le ahorque, dijo Calleja.

—En el campo y en otro estado nos habíamos de ver, y Angel les lanzó una mirada de león.

—Pícaro rebelde, ahora recibirás el premio de tus maldades.

—Que se le fusile luego, dijeron varios oficiales. A tí no, chica, le dijeron á Isabel.

—Ambos debemos morir, replicó ésta con la mayor serenidad.

—Que los separen, dijo Calleja.

—¡Nunca! respondieron Angel é Isabel.

El falso amigo de Angel, que con efecto había sido su condiscípulo de colegio, procuró tomar de un brazo á Isabel y le dijo al oído:

—Si accedes á lo que te dije el otro día te salvaré; pero á ese hombre no, porque lo aborrezco de muerte.

—Quitáos de mi lado y de mi presencia; sóis un mónstruo.

—Llevadla adentro de ese cuarto, repitió Calleja.

Mas Isabel hizo grande resistencia, y poniéndose de rodillas le dijo á Calleja:

—Señor, si han de darle la muerte á mi esposo, os suplico por único favor, que ambos muramos juntos; pero por piedad no me separéis de su lado. Ved, señor, que es-

tas escenas le han hecho perder el sentido, y que acaso ya habrá dejado de existir. ¡Ah, señor, no me separéis de él!

Con efecto, lo que presenciaba Angel le había causado un paroxismo, y por intercesión de un oficial, amigo del padre de Angel, la dejaron con él, y los pusieron en un cuarto, en el que la infeliz procuraba darle algún pequeño auxilio.

A las cuatro de la tarde ya había vuelto en sí Angel, y ambos esposos se habían dispuesto religiosamente para morir, porque la orden había sido terminante, y Calleja estaba muy irritado.

Un cuarto de hora después ambos habían sido conducidos al cadalso, levantado frente á la habitación de Calleja: no se esperaba para la ejecución más que los que hacían de verdugos concluyesen con otros ajusticiados. Guanajuato estaba lóbrego y reinaba un espanto sepulcral; las voces de las víctimas, los gritos de aquella soldadesca obscena é infernal aumentaban el pavor; el angel del exterminio recorría aquellos lugares é inspiraba á las almas de aquellos tigres, que no se saciaban con tanta sangre.

Los dos esposos se hallaban allí aislados y desamparados en medio de su infortunio, sin que nadie les concediese el menor consuelo; mas unió al otro se animaban y confiaban en la Providencia.

—Allí, y señalándole el cielo Angel á Isabel, nos vamos á unir para siempre.

—¡Ah, Angel, tu padre... mi tío, cuando sepan nuestra desgracia! Nosotros vamos á ser felices; pero ellos... ¡Oh Dios mío!

En este instante se presentó á Calleja el padre de Angel, que había temido por su hijo, de quien ignoraba la pronta ejecución, y confiando en la antigua amistad que había tenido con él en San Luis Potosí. Calleja se hallaba rodeado de una multitud; sin embargo de ella, por ser español el padre de Angel, pudo llegar hasta donde estaba aquél, y le dijo:

—Amigo, concededme la vida de mi hijo y de su esposa, ó si no aquí está la mía. ¿No me conocéis? Salvadlos, y cuanto val-

go y poseo está á disposición del Rey y de vos.

—¿Cómo os atrevéis á mentar al Rey S. M., vos, el padre de un rebelde, de un insurgente, de un hereje? Quitáos de mi presencia antes que vayáis á acompañarlos.

—Decidme al menos en dónde están.

—Vedlos; y con feroz alegría señaló el patíbulo, para donde el verdugo se dirigía.

¡Ah, Dios mío! exclamó el padre, adolorido y abrumado de pesar, y se encaminó hacia donde se hallaban: apenas iba á acercarse á donde estaban, cuando á una señal de Calleja se consumó la ejecución. ¡El verdugo enseñó la cabeza de ambos esposos, y el infeliz padre, al ver aquel espectáculo, cayó sin vida!

Coscotitlán, Agosto 6 de 1846.

DOMINGO REVILLA.



SAN AGUSTIN DEL PALMAR EN 1813.

En el curso de la gloriosa revolución que el inmortal Hidalgo inició en el pueblo de Dolores, aparecieron diversos genios, cuya memoria es grata á los mexicanos, y lo será más, cuanto se separe la generación, que indolente y poco agradecida, no reconoce el mérito de los hombres generosos que se sacrificaron por darnos independencia y libertad; generación infectada de todas las tendencias y de todos los vicios con que se nutrió en tiempo del Gobierno colonial, y por lo que las conmociones políticas han sido periódicas en este desgraciado país.

Uno de esos genios benéficos que sobresalieron en el segundo año de la era abierta en Dolores, fué el Teniente general Don Mariano Matamoros. Su nombre sólo basta para recordar algunos días de gloria para México. Uno de sus grandes hechos de armas fué la batalla de la Agua de Quichuca, ó San Agustín del Palmar, en Octubre de 1813.

El General Morelos, para el desarrollo de sus grandes planes, había nombrado Comandante general de las provincias, entonces de México, Puebla, Veracruz y Oaxaca, al General Matamoros: uno de los movimientos que éste debería emprender, era el obligar á los realistas á que levantasen el sitio que se había puesto á Coscomatepec, en donde con heroicidad se defendía el General Don Nicolás Bravo con 500 hombres, contra más de dos mil que lo asediaban, al mando de varios jefes realistas muy acre-